

Toda esa frondosidad antigua, esos bosques y jardines que circumbalaban la Roma de los cónsules y los césares, ha muerto, ha desaparecido, dejando el lugar á la *malaria* y la peste que imperan en la campiña romana yerma y funesta. ¿Dónde están los huertos de Luculo, esos depósitos inmensos de plantas, flores, aves y cuadrúpedos de todo país y todo tiempo? Dónde los jardines de Atico? dónde las quintas, las casas de recreo de los grandes hombres, esos paraísos pequeños que eran la tierra prometida de los cónsules, los senadores y los generales, cuando, cansados, abatidos, aburridos de la política y los cuidados del gobierno y de la guerra, se retraían á olvidar y hacerse olvidar en ellos? Ciceron, el más pobre de los patricios, poseía veintiuna casas de recreo, unas en la campiña romana, otras en la Campaña, y otras en los montes Sabinos: Tusculum, su predilecta, se hallaba á las puertas de Roma. Ni había un palmo de los alrededores de la ciudad que se manifestase descubierto é inútil: árboles, arbustos, matas bellas y salutíferas, gramas, céspedes, y flores por todas partes, en medio de las cuales el agua cristalina de los cien acueductos que la traían de los collados y los montes, formaban mil ruidosos laberintos. La Roma de los papas es un sepulcro que se levanta sobre el tiempo y las generaciones en medio de un vasto secadal: la naturaleza, enferma, es allí víctima de un letargo sin fin: su hálito pestífero corre á modo de viento de muerte, y ay del que lo aspire, porque aspira el secreto de la tumba. La campiña romana, con no haberla sentido mil ochocientos años, ha olvidado la reja: esa castidad deshonorosa, proveniente de las mil calamidades que han pa-

sado sobre ella, la pervierte más y más: hosca, agria, irreducible: nadie siembra nada en ella, porque nada produce: el agua, huyendo de su seno, le dejó una maldición. La primavera no ha concluido, y el viajero huye aterrado: calenturas, fiebres malignas principian desde fines de mayo, y no dan treguas sino á fuerza de nieve y frio: el invierno es muchas veces anciano bienhechor que da la salud con drogas amargas. Acaso era lo mismo en la Roma antigua? Ningun autor hace mencion de la *malaria*, ni la canícula aterraba como la peste negra de ciertas regiones malditas del Asia. Todo verde, todo fresco, gracias á la industria del hombre, que por mil medios grangeaba los favores de la madre naturaleza. Y ése, ése, el pueblo romano, no trabajaba ni tenia idea de la agricultura!

« Por dicha buscaremos la propiedad en la Roma antigua? » principia así vuestro argumento acerca de tan importante y esencial materia. Si, iremos á la antigua Roma á buscar la propiedad, pues ella no podia estar ausente de pueblo que « era magnánimo porque era virtuoso, » y porque era virtuoso desdeñaba las riquezas. « No bastan en una buena democracia que sean iguales las porciones de tierra; han de ser pequeñas, como entre los romanos. No permita el cielo, decia Curio á sus soldados, que ningun ciudadano tenga por poca tierra la que es suficiente para alimentar á un hombre\* » El comunismo y el socialismo, azotes de

\* *Des causes de la grandeur et de la décadence du peuple romain*, MONTESQUIEU.

las sociedades modernas, no han salido, no podían haber salido de pueblo donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía labrar con sus propias manos. Los graneros públicos, en Roma, no estaban al arbitrio del pueblo: los magistrados repartían el trigo conforme al número de personas de cada familia; y la ley agraria, que yo sepa, nunca tuvo por objeto la comunidad de bienes. De continuo se la discutía en el Foro; mas en esto el Senado se mantuvo firme. Y cuando ella hubiera pasado, no disponía que los romanos gozasen de sus bienes en comun, sino que la tierra fuese repartida en justicia, quitando algo al que tuviera por demás, dando algo al que tuviera menos ó nada tuviera: cosa muy diferente del comunismo de los revolucionarios franceses. Una vez hecha la repartición, la porción de cada ciudadano quedaba garantida por la ley, sagrada, precisamente lo que sucede entre nosotros; con esta diferencia, que entre los romanos antiguos las riquezas no eran de la menor estima, ni había ricos en la antigua Roma; al paso que en las sociedades cristianas todo lo poseen unos, nada otros. No quiero ley agraria, no porque ella no es esencialmente justa, sino por las injusticias y los males sin cuento que traería consigo, caso que fuera posible llevarla á cabo, lo cual es muy dudoso. La revolución francesa no lo pudo, ¿quién lo podría? Ricos hay en Francia, ricos en Inglaterra que tienen de renta una libra esterlina por minuto; ricos en nuestra pobre democracia. Pobres hay en Francia, pobres en Inglaterra, que se comen las manos y se echan en el Támesis ó el Sena; pobres hay asimismo entre nosotros.

Sea como quiera, la propiedad exista, siga adelante como está, haya pobres y ricos: los unos gocen de sus riquezas, los otros quedémonos al Señor. « Y Jesús, mirando al rededor dijo á sus discípulos: Cuán difícil es que los que poseen riquezas entren en el reino de los cielos. »

Achacar á la Roma antigua la invención del socialismo, es lo mismo que achacarle la esclavitud. El socialismo, por un encadenamiento misterioso de las ideas y las cosas, tiene su cuna en el despotismo, quién lo creyera; y no podía, por ley de la naturaleza, haber nacido en un pueblo que adoraba la libertad, la cultivaba y la gozaba como su bien mayor, más verdadero y presente. La práctica pone en claro relaciones paradójicas que parecen absurdas: el socialismo que está haciendo temblar en nuestros días á las testas coronadas, conforme las naciones adelantan hácia la libertad, va refugiándose en los imperios donde el autócrata hace gala del poder absoluto. Durante el segundo imperio napoleónico los socialistas eran sombra y espanto del despota: hoy la república no le teme: ¿qué ha de temer, si á más andar gana la Rusia, y va dejando libres los pueblos donde el orden es avenidero con el ejercicio de la libertad, y las instituciones democráticas con el progreso? Alemania ha dado una ley contra el socialismo: ideas no se matan con leyes: la Francia republicana no tiene necesidad de darla: su socialismo ha emigrado al Norte, y allí, en manos de hombres y mujeres, amenaza de muerte á personas é instituciones: libertad y democracia bien entendidas no lo necesitan. La sociedad

humana es una escala ; escala sin escalones, no puede haber : suprimid las clases sociales, y dicha sociedad queda suprimida. En una sementera de trigo mismo unas espigas son mayores que otras, si por la elevacion, si por el volúmen : tienen las espiguitas bajas y flacas derecho de conspirar para ser iguales á las gordas y altas ? Allí está la naturaleza que tal hizo ; pegaos con ella. Alemania, Rusia, imperios despóticos, ó casi despóticos, las han hoy con el socialismo : Francia, como queda dicho, lo está ahogando sin leyes : los Estados- Unidos no lo conocen. El socialismo, pues, no pudo haber nacido en la Roma antigua, como sin luz de razon ni conciencia lo habeis sentado, vosotros, católicos de la garra, para quienes no hay cosa buena fuera de vuestra jacarandina. Socialismo... Infantin, discípulo de San Simon, proclama la comunidad de bienes de fortuna, la libertad de amor, bajo la inspeccion del sacerdote, la comunidad de mujeres, el nivelamiento de las clases sociales, con la *obediencia cadavérica* á un gran pontífice, que debe ser católico. Vosotros sois, pues, los socialistas, sansimonianos sin caer en la cuenta: no os falta sino la Gran Madre: id á buscarla por Ginebra.

Ahora viene la esclavitud, y con « los alaridos del esclavo desgarrado por el látigo del patron » me helais de espanto. Una imputacion calumniosa á un gran pueblo y dos gazafates, hé aquí la esencia de esas dos líneas de vuestro cuño. El patrono, en Roma, era protector obligado á tales y cuales servicios para con sus clientes : el patrono tenia amigos inferiores á él á quie-

nes protegía á vueltas de sus obras serviciales : esclavos, no eran ellos. Luego ese látigo no estaria chasqueando en manos del patrono sino del dueño ; y esos alaridos no habrán sido del cliente sino del esclavo. Sea de esto lo que fuere, la invencion de la esclavitud no es de Roma ; no lo es, puesto que es mucho más antigua ; ni defecto del gentilismo, como lo afirmais, irrogando á los dioses este gratuito agravio : mujeres tenían éstos, queridas y mensajeros ; mas no he sabido que en el Olimpo hubiese esclavos : lo que sí sabemos todos es, que los patriarcas de la ley antigua los tuvieron mucho ántes que los romanos : ¿ quién no sabe la historia de *la esclava Agar* ? La esclavitud es la mancha de los pueblos antiguos y los modernos, el crimen de que no se quieren castigar, porque no se resuelven todavía á tener por buenas las leyes del Redentor ciertas naciones que ponen la monta en el nombre, y no en la esencia de las cosas. No quereis ir á Roma, por *no oír los alaridos del esclavo* ; pues no vayais tampoco al Brasil, nacion cristiana ; no vayais á Cuba, católica-apostólica-romana. A los Estados- Unidos, desde ayer, ya podeis ir : Lincoln os ha abierto las puertas. ¿ Porque afeais á Roma con esa excrecencia que así deslustra á los antiguos como á los modernos ? El cristianismo acabará por extirpar ese nefando abuso : el Evangelio no sufre la esclavitud : el Salvador muere por el género humano. No, no iremos á Roma á buscar la esclavitud, pues el hombre de bien no busca en ninguna parte sino lo justo y lo bueno. Y echad de ver una cosa, que yo he querido ir á Roma, y de ningun modo á la infame Capadocia ; que el pueblo romano es quien me

causa admiracion, y no los tracios ni los bretones de ese tiempo : en balde me traeis esas tiramiras de ingleses desnudos á ponérmelos por delante : así los comparezco yo como vosotros ; así los libertariais vosotros como yo. El derecho antiguo de la guerra era monstruoso : hizo mal Roma en reducir á los prisioneros á la esclavitud ; pero en descuento de este abuso, ¿ no se os acuerda cuántos enemigos vencidos vinieron á Roma á ser ciudadanos romanos ? En Roma, al lado de un crimen hallais siempre una virtud : Id á Roma : aprovechad de lo segundo, absteneos de lo primero.

El vicio general de que adolece vuestra censura es la mala fe ; y demas de esto hay en ella error de juicio, y un prurito de generalizacion que tuerce mis ideas y estraga mis intenciones. Cito á Platon, y decis que Atenas no puede servirnos de modelo : traigo una ley de Licurgo, y volais á advertirme que en Lacedemonia se toleraba el hurto : admiro á Lucrecia, ¿ y cuán prontos y apercebidos estais para darme en cara con el suicidio ! Locura seria en mí pretender que ahora nos educásemos en la escuela de Hejesias ; locura que imitásemos en todo á los romanos. Pero es no menor la vuestra de querer inspirar repugnancia por las antigüedades griega y romana, y hacernos olvidar los nombres de Aristides y Caton, por los de san Simon Estilita y san Martin Porres. No seria mejor pensásemos en todo, supiésemos de todo, y del vasto campo de las civilizaciones antigua y moderna tomásemos la flor y nos adornásemos con ella ? Direis que para salvarnos no habemos menester las sentencias de Bias ni los consejos de Pitaco ; y yo

os digo que no por que los sabemos nos condena el Señor á las llamas infernales. Y no os dijo ya Bossuet ? seria vergonzoso á todo hombre de bien ignorar el género humano. Condenad por vuestra parte cuanto querais á vuestros semejantes ; pero, « felices los que esperan en silencio la salud de Dios. »

Qué diria Gibbon si os oyese la peregrina especie de no querer se inspire á los jóvenes simpatía por la antigua Roma ? qué diria Fenelon ? qué diria el gran Carlos de Secondat ? qué dirian tantos ínclitos varones que han resaltado sobre los demas, no por haber vertido la sangre de los pueblos, mas ántes por haberse instruido en el Liseo y el Pórtico ; por haber ido con los diputados del Senado por todo el mundo en busca de buenas leyes ; por haber bebido, no de « las turbias aguas de Sodoma, » como habeis dicho, sino de las cristalinas y saludables del Peneo ? No me cerreis las puertas de la antigüedad, porque os las rompo á hachazos. Miguel Angel, ciego, se hacia llevar al museo del Vaticano, y lo que no alcanzaba con la vista, lo obtenia por medio del tacto : su espiritu, en combinacion misteriosa con la belleza, estaba gozando en silencio de las formas y las perfecciones de las estatuas antiguas. No de otro modo me haria yo llevar á las ruinas de Grecia y de Roma, y arrimándome á las columnas del Partenon, y tocando los escombros del Coliseo, recibiria profundo y rejuvenecedor deleite, volviendo con la imaginacion á esos pueblos y esos tiempos. Sabeis cuándo hemos de ser felices verdaderamente ? no cuando estrechemos la inteligencia ciñéndola á la órbita de vuestros mezquinos

estudios, como lo deseais, y obedeciendo como ruines á los tiranos del espíritu, sino cuando entreguemos nuestros hijos, como los magos, á cuatro preceptores, el más sabio, el más justo, el más temperado y el más valiente de la Nación. « El que le llega á tomar el sabor á los estudios religiosos y á la vida mística, habeis dicho, ya no piensa en las vanidades de la historia. De continuo vemos incrédulos que se pasan á nuestro partido; mas no un católico que se pase á los libre-pensadores. » Arcesilao se encargó ahora dos mil años de responder por mí, con la que le dió al epicúreo que se complacia en repetir que de su escuela nadie se pasaba á la estoica; mientras de ésta sí muchos se pasaban á la de su maestro. Si fuera yo versado en el griego antiguo, estamparía esa respuesta en su idioma propio, á fin de que nadie la comprendiese: á falta de esa joya orinecida de la educación, adornaré con el silencio mi discurso, que esto lo requieren la pulcritud de las ideas y la castidad de los oídos. Por lo demás, no es exacto que ciertos cristianos sean tan firmes como dicen: las conversiones de éstos al mahometismo son frecuentes en el Asia. Acaba el *Indian Mail* de dar noticia de un misionero que, habiendo ido á convertir musulmanes, se ha vuelto mahometano él mismo, y hoy predica con gran fervor el Islam á los cristianos\*. Sea dicho en pro de la verdad que ese curioso misionero es cristiano protestante, y no católico; pero cuántos franceses, de esos que pueden contarle los pelos al diablo, católicos-apostólicos-romanos en su tierra, no andan de turcos en Constantinopla,

\* *Indian Mail*, 24 de mayo de 1875.

de santones y dervises en el Cairo, de adivinos en Ispahan, y aun de bonzos y sacerdotes de Budda en la India? Un portugues de nombre Castro Capao llegó por sus servicios en el haren del Gran Señor á ser bajá de una cola: era de morir de risa verle mondo y lirondo el cogote, ceñida la cimitarra, fumando su pipa de á dos metros, gordo como cantor jubilado de san Pedro. Le pasó por la cabeza venir á Portugal á hacer una visita á su familia: tan luégo como fué en su casa de *Tras os montes*, no perdió ni domingo de oír misa entera, aunque él era quebrado; ni viérnes de comer de vigilia, ni juéves de ir á la escuela de Cristo; y como para sufragar para el buen viaje, en vísperas de su regreso, Julio Castro Capao se confesó y comulgó en Santa Ripeta, y se volvió á su bajalato más infiel que en ningun tiempo. Adonde fueres haz lo que vieres: Castro Capao era un Maquiavelo de una cola y dos orejas, pero no tenia serallo...

« El esposo tirano de la esposa, » habeis dicho. La ley mantenía á la mujer en tutela perpetua hasta el dia que se casaba, en el cual quedaba emancipada y libre. Nunca en Roma tuvo el marido derecho de vida y muerte sobre la mujer, como lo tuvo, por desgracia, sobre los hijos; nunca pudo obligarla, ni la obligó á los trabajos y las penas de la servidumbre. Podian los hombres repudiar á sus mujeres, y esta facultad la tuvieron amplia los maridos; y con todo, era tal *el respeto por los auspicios*, tales la moral y las costumbres, que el espacio de quinientos veinte años nadie se atrevió á usar de ese derecho, hasta que Carvilio Ruga repudió á la

suya, por causa de esterilidad \*. Las mujeres tenían templos aparte; las casadas, juntas misteriosas en las cuales trataban puntos ignorados por los maridos, quienes sufrían esos misterios con religioso silencio. Por eso fué tan grande el crimen de Clodio, y tan ciega la indignación de los romanos, cuando ese muchacho desalmado se introdujo, vestido de mujer, en la casa de César, por amorés con la de este guerrero. Ni la salvación de Roma fué motivo harto poderoso á los ojos de Cicerón para violar los misterios femeninos: sabedor de la conspiración de Catilina; de cómo iba la ciudad á ser destruida por el fuego, y degollados senadores y hombres de bien esa misma noche; el cónsul, inquieto, pálido, deja el Foro y, seguido del pueblo, acude á su casa para tomar providencias acerca de salvar la República. Llama á la puerta: silencio; vuelve á llamar: todo silencio. Su mujer estaba celebrando ese instante los misterios de la Buena Diosa: el cónsul retrocede con santo respeto, y gana una casa vecina. Hé aquí la tiranía del esposo sobre la esposa, el yugo del hombre sobre la mujer. Los romanos hacían siempre memoria de Catón Censorino quien se había arrepentido de haber confiado un secreto á una mujer: Marco Bruto, varón austero, de pensamientos elevados y opiniones rigurosas, lo primero que hizo fué poner á su mujer al corriente de la conjuración contra el dictador Julio César. Porcia, hija al fin de Catón de Útica, echa de ver cierta zozobra en su marido: no le dice qué tienes, no le pregunta qué va á suceder? Toma

\* Dionisio de Halicarnaso.

un cuchillo y, desnudándose la pierna, se abre en el muslo una herida profunda. Qué haces, Porcia! grita su marido aterrado. Para que veas, responde esta mujer sublime, con cuanta facilidad me diera yo la muerte, si tuviera la desgracia de perderte. Bruto la incluyó en los conspiradores.

Tan grande era el miramiento de esos antiguos por las mujeres, que las leyes castigaban muchas veces al marido las faltas de su cónyuge, como sucedió con Titideo Labeon, á quien el edil impuso una fuerte multa por los desórdenes de su mujer Vestilia. Las vestales, sacerdotisas de la diosa de la pureza, están simbolizando el respeto y la veneración que los romanos profesaban al sexo femenino. Es verdad que en faltando á sus votos eran enterradas vivas; mas era porque, como célibes, no tenían sobre quien el juez echase todo el rigor de la ley; y su excelso ministerio de estar en correspondencia con la Divinidad por medio del fuego sagrado, era descuento sublime del grave castigo en que incurrian las prevaricadoras. « Decíase de los romanos que ellos mandaban á todas las naciones, y que sus mujeres los mandaban á ellos. » Cuando discurríais el presentar de víctimas de los hombres á las mujeres de Roma, no columbrabais que el gran Bossuet os estaba dando un mentís y un tapaboca. Lo que no pudieron los senadores saliendo en corporación á echarse á los piés de Coriolano; lo que no alcanzaron el cuerpo de sacerdotes, los flamines de Júpiter, el gran pontífice, lo pudieron la anciana Veturia y la joven Volumnia. La madre y la esposa del desterrado vengativo sabían que salvando á

Roma le perdian ; el desterrado estaba viendo que ceder á los ruegos de su madre y su esposa, era cavar su propia tumba : madre y esposa, dos mujeres, pierden hijo y marido, y salvan la patria. ¡ Qué esclavas tan poderosas ! Respeto á su madre, amor á su mujer, esto fué más para Coriolano que lágrimas del Senado y majestad del sacerdocio.

Sertorio, lleno de guerras y de triunfos, de triunfos y de gloria, sabe la muerte de su madre, se encierra en un cuarto oscuro, y se propone morir de hambre y dolor. Tres dias se estuvo tirado por el suelo, revolcándose con gritos agudísimos, hasta que sus capitanes, vencido el respeto por el peligro de su general, fuerzan la puerta, y le salvan á pesar suyo. Estas son las mujeres desdichadas á quienes desamor y menosprecio vuelven cosas, despojándolas de la personalidad augusta con la cual naturaleza las iguala en un todo con nosotros ! Ignoran los pseudo-católicos, pseudo-sabios, que una de las lámparas inextinguibles es la que los arqueólogos pretenden haber encontrado en el sepulcro de Tulia, hija de Ciceron ? Esa disolucion de oro que nunca se consume, no era empleada sino en honrar y perpetuar la memoria de personas casi divinas. La tumba de Cecilia Metela, uno de los pocos monumentos salvados del rigor despacioso de los siglos, es como un templo : todos los viajeros la conocen. Si alguna persona se atrevió á subir en carro al Capitolio, fué una mujer : viéndola está el mundo á esa romana soberbia cómo infringe la ley impunemente, y envuelta en púrpura, arrastrada por cuatro caballos blancos, viola atrevida la escalera sa-

grada, y se apea, como una Semíramis, en el umbral del templo de todos los dioses. Agripina, resguardada por las cenizas de Germánico que lleva consigo, y por los fueros de su sexo, se afronta con Tiberio, y le pregunta : Qué proporcion guardan los honores rendidos á la víctima con la persecucion á su descendencia ? El tirano, herido en su orgullo, mirándola despacio, dijo : No estoy distante de hacer con ésta una severa demostracion. No la hizo, por no hacerla con una mujer. Al paso que hoy, en pueblos cuyo monarca se ha llamado « rey cristianísimo ; » pueblos católicos-apostólicos-romanos, la mujer es uncida con el buey y el asno para arar de cinco á cinco : el Perigord, la Bresse, la Picardía, la Baja Bretaña les están sacando verdaderos á Aimé Martin y Michelet \*. En Roma, las leyes Julias fomentaban y premiaban el matrimonio : el número de hijos era santidad para la que tenia muchos : hoy, ¿ dónde está la ley Papia Popea que las saque de la triste horfandad en que se consumen la mayor parte de ellas, luchando con la furia de la naturaleza comprimida, y con las pesadumbres de un triste aislamiento ? dónde la recompensa y los honores á las que dan mayor número de hijos á la patria ? Pobres mujeres, nosotros ni siquiera les comunicamos nuestros proyectos, ménos consultarnos con ellas, como los galos ; ni rendirnos á su dictámen, como los germanos. Los egipcios sometieron por una ley el hombre á la autoridad de la mujer, en honor de Isis : los babilonios hicieron otro tanto en honor de Semíramis : nosotros no nos sometamos á su au-

\* *Education des mères. La Femme.*